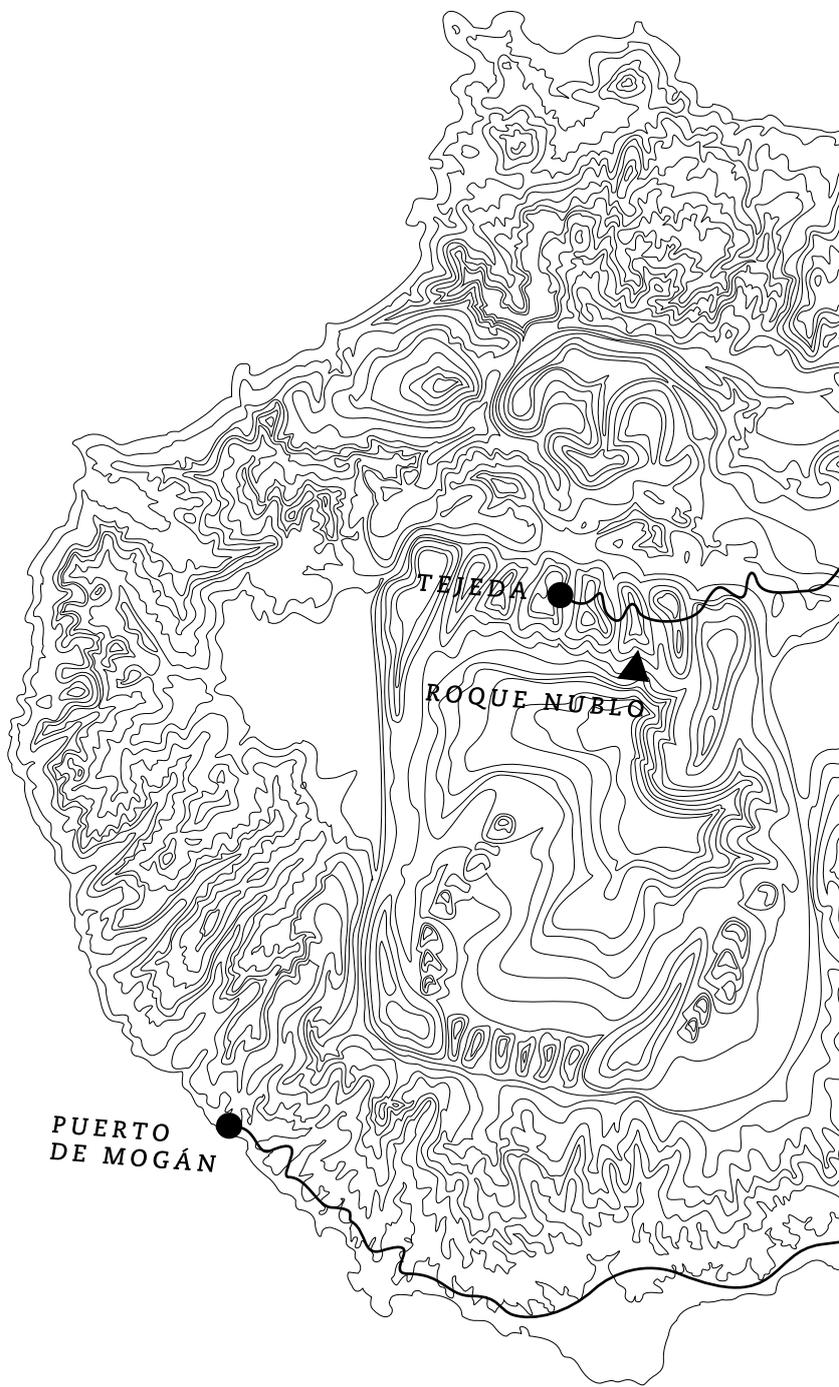




www.loqueleo.com/es





LAS PALMAS DE
GRAN CANARIA

SANTA
BRÍGIDA

JINAMAR

AEROPUERTO DE
GRAN CANARIA

GRAN CANARIA

© 2002, Heinz Delam

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-142-5

Depósito legal: M-37.926-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: septiembre de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega

y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA SIMA DEL DIABLO
HEINZ DELAM

loqueleg

A Magnolia, por todo...

*Mi agradecimiento a Armando,
que me ayudó a descubrir el embrujo de las islas.*

Introducción

«Yo sabía que esta historia solo podía existir en la mente de un loco; sin embargo, la estaba aceptando como si fuera real. Y es que la diferencia entre cordura y desvarío es pura cuestión de punto de vista».

9

FREDERIK VAN GAELENS

Las profundidades del mar verde

Para entender bien los extraños sucesos que voy a relatar a continuación, será preciso que retrocedamos en el tiempo hasta situarnos en una calurosa noche de principios de verano, cuando me disponía a cerrar las maletas para salir de vacaciones. Y lo que es rutina para muchos, para mí resultaba excepcional: por primera vez en varios años, mi familia había decidido volver a viajar.

Todo había surgido de forma repentina, porque un antiguo amigo de mi padre, tan fanático de la astronomía como él, acababa de reaparecer después de mucho tiempo de silencio; ahora vivía en las islas Canarias, y estaba empeñado en que le visitásemos. Yo sospechaba

que lo de las vacaciones no era más que un pretexto, y que la clave del asunto era un eclipse de sol que tendría lugar durante nuestra estancia: un fenómeno que podía contemplarse de forma privilegiada desde esa zona. Eso es lo que tanto había entusiasmado a mi progenitor, que rápidamente lo había dispuesto todo. Mi hermana pequeña estaba estudiando varias asignaturas que le quedaban para septiembre, lo cual le permitiría librarse. Yo, en cambio, no tenía ningún pretexto. Disgustado por la perspectiva, me había encerrado en mi habitación para preparar el equipaje; aparte de la ropa de playa y otras tonterías propias de cualquier veraneo, me concentré en escoger el material necesario para practicar mi afición favorita. Con sumo cuidado coloqué, bien rodeados de ropa para que no se estropearan, los libros de claves, mis sobados cuadernos de trabajo y el elemento más importante: la *Juli*, mi vieja calculadora programable. Con todo eso esperaba combatir el tedio y dar los últimos toques al proyecto de descodificación que estaba a punto de rematar.

Una vez todo bien comprobado y en su sitio, me aproximé a la ventana en busca de un poco de frescor; pero fui golpeado por una bocanada ardiente que emanaba del asfalto y el cemento recalentados. La bochornosa noche de la gran ciudad ofrecía un espectáculo insólito, con la maraña de edificios y tejados envueltos en una densa calima e iluminados por la luz fantasmagórica de la luna llena. Me parecía increíble pensar lo lejos que me hallaría de todo aquello apenas unas horas más tarde.

Respiré hondo y dediqué una última mirada de despedida a las calles y edificios de mi mundo cotidiano: a pesar del cielo despejado, el aire estaba cargado de ozono y de electricidad estática, y una sucesión de relámpagos en el horizonte presagiaba la inminencia de una formidable tormenta. Aquella visión irreal se me antojó un mal augurio, y tuve la inexplicable sensación de que algo tremendo estaba a punto de suceder.

Y no me equivocaba.

Yraya y Bardi

12 A media mañana, el *airbus* de Iberia se posó con suavidad en la pista del aeropuerto de Gando, en Gran Canaria. Lo primero que me llamó la atención fue la temperatura, muy agradable en comparación con el sofocante calor que habíamos dejado atrás en el continente. También me chocó la pureza del aire, impregnado de cierto aroma marino entremezclado con el discreto perfume de flores desconocidas. Nada más pisar la terminal del aeropuerto, mi padre nos recordó que debíamos ajustar nuestros relojes a la hora local.

—¿No viene a recogernos tu amigo David? —le pregunté entonces.

—Debería, pero no tengáis prisa. —Se encogió de hombros—. David siempre ha sido un poco imprevisible, así que no os preocupéis por él. Aparecerá cuando menos lo esperemos.

Al cabo de unos minutos, en efecto, un hombre corpulento se fue acercando a nosotros con paso desgarbado.

—¡David! —exclamó mi padre al reconocerle.

—¡Qué bien os veo a todos! —proclamó y, tras abrazar a mi padre y a mi madre, se volvió hacia mí—: Tú debes de ser Carlitos...

Asentí despacio con la cabeza, y entonces me fijé en el rostro de aquel hombre: un recuerdo remoto despertó en mi memoria.

—¡Hola! —saludé indeciso.

—¿Te acuerdas de mí? —se extrañó, al tiempo que me estrujaba con una efusión un poco excesiva—. La verdad es que yo nunca habría podido reconocerte. ¡Menudo hombretón estás hecho! La última vez que te vi eras un mocososo que pasaba horas descifrando extraños jeroglíficos de dibujitos alineados...

—Supongo que sería cuando me dio por intentar descifrar el *lineal A1*¹.

—Ya me ha dicho tu padre que sigues con esas aficiones... Pero vayamos hacia la salida, que yo os ayudaré con las maletas.

A pesar de la vaguedad de mis recuerdos, me di cuenta de que David también había cambiado: parecía más gordo y su piel se había apergaminado alrededor de la boca de labios finos, que ahora semejaba una grieta en una vieja pared. Su pelo escaso ya blanqueaba por algunas zonas, pero la mirada de sus ojos hundidos seguía siendo tan penetrante como un estilete, y tuve que apartar la vista de ellos para no sentirme incómodo.

¹ El lineal A aún no ha sido descifrado en el momento de escribir esta novela.

—Os pido perdón por la tardanza —se disculpó mientras introducía nuestro equipaje en el maletero de un viejo Mercedes color verde—; acabo de llegar de la isla de El Hierro y no he tenido tiempo ni de avisar... Y lo malo es que debo marcharme otra vez esta misma tarde... Llevo una temporada espantosa.

—¿Sigues en la policía? —preguntó mi madre.

14 —Desde luego, sigo en ella. —Abrió la puerta y nos hizo una seña con la mano—. ¡Vamos, subid! Os llevaré al hotel y por el camino os lo iré explicando todo; precisamente, trabajo en una comisaría muy cerca de allí.

David conducía a la máxima velocidad que le permitía el viejo automóvil, y el paisaje costero desfilaba a nuestro alrededor como una cinta de tonos cambiantes mientras su voz rasposa nos ponía al corriente de los problemas:

—Estoy tan liado que ya ni siquiera tengo tiempo para la astronomía —se lamentaba.

—Sí que debes de estar liado —se compadeció mi padre—. Supongo que será por culpa de esos perros.

—¿Eh? Ah, sí, los perros. Menudo quebradero de cabeza, esos animales. —Inclinó la cabeza con gesto apesadumbrado—. Me temo que no voy a poder ocuparme de vosotros en los próximos días...

—Es una lástima —opinó mi madre.

—Por lo menos trabajas en tu especialidad —añadió mi padre.

—¿Qué es eso de los perros? —quise saber yo.

—¿No te has enterado? Hay una manada de perros asilvestrados que andan sueltos por ahí, matando gana-

do y sembrando el pánico. Creo que incluso han herido a alguien, ¿no es así, David?

—Peor que eso: ya hay muertes. Hace dos noches atacaron una finca y cosieron a dentelladas a una pobre anciana y a su nieto de nueve años. La abuela murió en el acto, y el chaval está ingresado en la UVI, con muy mal pronóstico...

—¿Y eso ha sido aquí, en Gran Canaria? —pregunté lleno de inquietud.

—Sí, en esta isla.

Miré por la ventanilla con aprensión, pero el sol de la mañana iluminaba un paisaje alegre y colorido que invitaba al optimismo.

—Me imagino que no son más que pobres perros domésticos que han sido abandonados por sus dueños —sugirió mi madre—. ¿No se puede dar caza a esos animales sin hacerles daño? Tú eres especialista en eso.

—El problema es encontrarlos. —Cada vez más nervioso, David daba bruscos volantazos para sortear el tráfico—. Por eso estamos tan agobiados: no sabemos dónde se ocultan. Suponemos que tienen su guarida en alguna cueva o barranco, lejos de la ciudad y de los lugares habitados... Es como buscar una aguja en un pajar.

Dirigí nuevamente la mirada hacia el exterior: nubes bajas se agolpaban en el horizonte y lamían las faldas de las altas cumbres del interior de la isla. De repente, se me antojaron portadoras de una amenaza desconocida.

Tras un grato recorrido bordeando los muelles deportivos y el puerto, llegamos a nuestro hotel, en realidad uno de esos que las guías turísticas califican de *aparthotel*. David nos ayudó a descargar las maletas y se despidió sin entrar en el edificio:

—Si necesitáis cualquier cosa, ya sabéis mi número de móvil, aunque a veces lo llevo desconectado.

—No te preocupes —dijo mi madre—, sobreviviremos. Y gracias por todo. Espero que tengas suerte con tu cacería de perros.

—¡Dios te oiga!

David cerró la portezuela de su coche y agitó la mano a través de la ventanilla abierta.

—¡Aguarda un momento! —gritó mi padre—. ¡Supongo que por lo menos te escaparás el día del eclipse!

No obtuvo respuesta, porque el Mercedes se alejaba ya a toda marcha.

—Subamos —propuso entonces mi padre con resignación.

Minutos más tarde entramos en lo que sería nuestro hogar durante los días siguientes. Además del consabido dormitorio y el cuarto de baño, los apartamentos estaban dotados de una pequeña cocina con electrodomésticos y un diminuto salón con televisión y vídeo. Desde las ventanas se divisaba el paseo de las Canteras; al fondo, las aguas tranquilas de la playa del mismo nombre reflejaban ahora las nubes. Un par de gaviotas hicieron una pasada en vuelo rasante sobre las palmeras, y de pronto me sentí ridículo al recordar los temores que me habían atormentado durante el viaje.

Por la tarde me entretuve ayudando a mis padres a deshacer las maletas y a colgar la ropa en los armarios. A eso de las cinco y media nos subieron una cama suplementaria —la mía—, que quedó instalada en el saloncito, junto a la ventana. Mis padres ocuparon el dormitorio principal, y al anochecer ya estábamos todos acomodados y con el territorio de cada uno bien delimitado.

A las nueve bajamos a cenar en uno de los incontables restaurantes próximos al hotel, un local pequeño al que se accedía subiendo una escalinata de madera. El cansancio del viaje hacía mella visible en los rostros de todos, y no me extrañó que a la vuelta mis padres se metieran enseguida en la cama, sin encender siquiera la televisión. Yo me quedé levantado. Por alguna razón, lo que menos me apetecía era dormir, y permanecí un rato asomado a la ventana: lo que desde allí se divisaba me provocó una punzada extraña, una sensación que no supe identificar porque era nueva para mí. Me invadía una euforia que me impulsaba a salir, a recorrerlo todo, a hablar con la gente. Aquel aguijón irresistible me obligaba a explorar... Les dije a mis padres que quería bajar un momento para pasear hasta la playa.

—Es muy tarde y estamos todos muy cansados —protestó mi padre con voz somnolienta—. Ya tendrás tiempo de inspeccionar los alrededores mañana.

—Déjale que vaya —intercedió mi madre—. Estamos de vacaciones.

—Está bien —concedió mi progenitor, demasiado fatigado para discutir—. Pero llévate la llave y no hagas ruido al volver.

Me guardé la *Juli* en el bolsillo (por si me daba por repasar mi programa sentado en la mesa de alguna terraza) y cerré la puerta con suavidad. No sabía que cuando volviera a abrir aquella puerta, mi vida habría cambiado.

18

Nada más salir del hotel fui recibido por la brisa fresca y agradable que soplaba desde el mar, y me pareció una invitación a deambular por el paseo, a mezclarme con la gente que transitaba por allí. Así, mi errático caminar acabó conduciéndome hasta la playa. Una playa tan diferente ahora, bañada en una penumbra que desdibujaba los contornos de las cosas y les otorgaba un aspecto irreal. Caminé un buen rato siguiendo la línea espumosa, alejándome cada vez más hacia el sur hasta llegar a la prolongación del paseo, en obras en aquella época. La zona, alejada de los altísimos postes coronados de luminarias, resultaba oscura y se hallaba sembrada de grandes zanjas y construcciones de hormigón sin acabar. Pero la oscuridad no era total: reinaba una débil claridad que procedía de la iluminada fachada del auditorio Alfredo Krauss, situado no lejos de allí. Miré a mi alrededor y llegué a una conclusión obvia: por allí se aventuraba muy poca gente.

Hacia varios minutos que me había cruzado con el último corredor solitario, un joven atlético que pasó a mi lado saboreando la brisa fresca y la caricia de la arena en sus pies descalzos. Ya ni siquiera se veían parejas acarameladas al amparo de las sombras. Me senté en la arena, muy cerca del agua, y dejé vagar mis sentidos hacia el

misterioso y amortiguado romper de las olas en la barra, un arrecife natural que protege esa playa de los intempestivos cambios de humor del océano Atlántico, y que tan solo deja pasar unas ondas suaves y domesticadas. Quedé ensimismado, presa de esa fascinación que en el ser humano provoca la contemplación de espectáculos hechizantes como el fuego o el agua embravecida. Fue entonces cuando sentí en mi nuca el húmedo y ardiente aliento de un animal grande.

Me quedé paralizado.

19

El ser que estaba a mi espalda tampoco se movía, pero su poderoso resuello continuaba acariciándome el cogote. Tardé largos segundos en recuperar el control de mis músculos y, muy lentamente, giré la cabeza. Lo que vi me horrorizó aún más: las fauces entreabiertas de una fiera terrible bostezaban a pocos centímetros de mis narices.

Se trataba de un perrazo enorme, el can de aspecto más aterrador de cuantos había visto en mi vida. Por mi mente cruzaron como un relámpago las inquietantes noticias comentadas por David durante el trayecto desde el aeropuerto:

Perros que mataban ganado.

Perros que mataban personas.

Mi corazón latía con tal fuerza que temí que se escapara de mi pecho en cualquier momento. Pensé en mi familia, en mis padres durmiendo a pierna suelta no lejos de allí, en la seguridad del hotel, ignorantes del drama que iba a privarlos de su hijo. Traté de levantarme y salir

corriendo, pero ninguno de mis músculos se dignó obedecer mis órdenes. Intenté gritar, aunque el silencio fue lo único que escapó de mi boca. Ni siquiera pude cerrar los ojos, que permanecían clavados en el hocico del animal: unos bellos colgantes y húmedos de donde no tardarían en surgir los poderosos colmillos que rasgarían mi piel y se clavarían profundamente en mi carne...

20 Durante interminables segundos, el monstruo se dedicó a explorar mi cara con su hocico mojado, mientras el denso aliento que exhalaba se introducía de lleno en mis pulmones, asfixiándome. Luego separó las poderosas quijadas, y una lengua inmensa y cálida me bañó el rostro desde la barbilla hasta la frente.

—¡Quieto, Bardi! —gritó una voz suave aunque autoritaria—. ¡Vuelve aquí ahora mismo!

El sabueso se apartó dócilmente y se mantuvo atento a la llegada de una figura esbelta y grácil que se apresuraba hacia nosotros, recortándose frente a las lejanas luces del paseo. Era una chica. Mi salvación dependía ahora de una muchacha de cuya silueta arropada por la penumbra apenas podía extraer algunos detalles vagos: una espesa melena agitada por la brisa, los contornos de un cuerpo juvenil que se movía con agilidad y una voz dulce teñida de melodioso acento.

Y a pesar del terror que sentía hacia el perro, esa voz me produjo cierta emoción agradable que actuó como un bálsamo sobre mis nervios a flor de piel, que se serenaron un poco.

—Disculpe a Bardi. —Parecía muy apurada—. Nunca suele comportarse así.

Con inmenso alivio, observé como mi ángel salvador apartaba con suma facilidad la descomunal masa de músculos cubiertos de pelo que había estado a punto de matarme, aunque solo fuera de miedo. Una vez alejado el peligro, me hice cargo de lo ridículo de mi postura, y traté de recuperar la dignidad poniéndome en pie con un movimiento elegante... Pero mis músculos fallaron y no lo conseguí. Creí morir de vergüenza cuando ella tuvo que sujetar mi brazo y ayudarme; me temblaban las piernas por el pánico que acababa de padecer, y deseé con toda mi alma que ella no lo notase. Pero lo notó.

21

—Siento muchísimo el susto que te ha dado mi perro. —La chica empezó a tutearme—. No lo entiendo. Bardi es muy desconfiado y nunca se acerca a personas extrañas... Mira, parece que le gustas...

Con supremo horror, comprobé que el animal se había acercado de nuevo y empezaba a lamerme la pierna. Tuve que realizar un esfuerzo sobrehumano para mantenerme quieto, hasta que ella volvió a apartarlo con brusquedad.

—¡Ya está bien, Bardi! ¿No ves que no le gustan los perros?

Apenas podía creer que el terrible animal se dejara manejar con sumisión por una criatura tan dulce. Y mucho menos que aquel monstruo pudiera llamarse Bardi.

—No es que no me gusten los perros —preferí mentir con tal de hacerme el valiente—. Es que nunca había visto uno tan... tan impresionante.

—Es de una raza propia de las islas —respondió ella con satisfacción—. Es un presa canario.

Nunca había oído hablar de esa raza, aunque la verdad es que no sabía nada de perros. Y entonces ocurrió algo que jamás hubiese imaginado posible: haciendo de tripas corazón, extendí una mano insegura para acariciar el lomo del animal, y este respondió arrimándose de nuevo y apoyando su enorme corpachón en mis piernas vacilantes. La joven desconocida parecía igual de sorprendida. Agarró la correa del animal y los tres comenzamos a caminar despacio hacia las luces.

22

—Estos perros son de una casta especial —me explicó—. Antiguamente se usaban para sujetar las reses y también para peleas de perros. Tienen fama de ser peligrosos, pero si los tratas con cariño pueden ser tan mansos y bondadosos como cualquier otro.

Al observar la poderosa silueta del can, su enorme cabeza y la potencia latente en cada uno de sus movimientos, pensé que las palabras *manso* y *bondadoso* no eran quizá las que mejor se ajustaban a su aspecto. Pero enseñada recordé los lametazos de la fiera y tuve que reconocer que a veces las apariencias engañan.

Pronto llegamos al límite de la arena con el cemento, y las luces del paseo me permitieron al fin distinguir con claridad a mis dos acompañantes: Bardi no era tan grande como me había parecido en la penumbra, siendo su silueta maciza y su enorme cabeza las que habían propiciado esa ilusión. Me extrañó ver algunas marcas en el hocico y las orejas que parecían heridas recientes, aunque eso no impedía que fuera el perro de aspecto más imponente de todos los que podía recordar, con un curioso pelaje atigrado

que despedía reflejos verdosos a la luz de las farolas. Sin embargo, tengo que confesar que toda mi atención quedó pronto centrada en la dueña del animal: su espesa y larga melena de color negro azabache, que los caprichos del viento arremolinaba en torno a su rostro, me impedía admirarlo en su totalidad, aunque dejaba entrever fugaces retazos de una belleza enigmática, un complicado rompecabezas que luego trataría en vano de recomponer durante horas de insomnio. Vestía unos pantalones cortos deshilachados y una sencilla camiseta ceñida que ponía de relieve la curva delicada de sus senos. Las piernas, largas y bien formadas, acababan en unos pies embutidos en zapatillas deportivas de color oscuro. Comprendí que llegaba el momento de la separación, y eso me provocó un sentimiento de inesperada angustia. No podía creer que en pocos minutos pudiera sentirme tan atraído por la desconocida dueña de tan inquietante perro. Ella se acercó y me besó fugazmente en la mejilla. Una sola vez. Me aclaró que el beso único es costumbre de las islas.

—Espero que no guardes un mal recuerdo de Canarias por nuestra culpa —se excusó de nuevo.

—Al con... trario... —alcancé a tartamudear. Sus intensos ojos oscuros me tenían hipnotizado.

—Me llamo Yraya.

—Yo... Yo me llamo Carlos...

Me sentía estúpido. Tragué saliva sin encontrar una sola frase ocurrente, ningún pretexto que me permitiera prolongar aquellos momentos. Busqué sin conseguirlo palabras que no sonaran ridículas, manidas o

absurdas, pero mi cerebro no funcionaba. Estaba bloqueado, demasiado atareado en procesar la avalancha de sentimientos desconcertantes que me invadía. Por fortuna, la joven habló antes de que el silencio se tornara demasiado embarazoso:

—Se nota que vienes de la península. ¿Estás de vacaciones?

—Sí. He llegado hoy mismo con mi familia.

24

—Espero que te gusten nuestras islas. Sería bueno que alguien de la tierra os las enseñara. ¿Tienes amigos aquí?

—No. Todavía no conozco a nadie...

Sonrió. Parecía satisfecha con mi respuesta.

—Pues ahora ya conoces a alguien...

La muchacha se disponía a añadir algo más, cuando un acontecimiento inesperado quebró la magia del momento: un violento tirón de la correa que sujetaba al perro apartó a Yraya de mi lado con brusquedad. El animal se había puesto rígido y tenso, fija la mirada hacia la oscuridad que acabábamos de abandonar.

—Tranquilo, Bardi —susurró Yraya en tono apaciguante—. Ven y deja eso.

Pero el perro permanecía ajeno a todo lo que no fuera el motivo de su atención. De su boca escapó un único y ronco ladrido, tan grave y poderoso como el propio Bardi. La chica tiraba con fuerza de la correa, pero el perro estaba anclado al suelo.

—Ha visto algo —me explicó Yraya, señalando hacia la oscuridad de las obras—. Seguramente otro perro.

Me aproximé hasta ambos y esforcé sin éxito la vista hacia las sombras. Al tocar el lomo del perro, me sorprendió la tremenda tensión acumulada en su cuerpo erizado, convertido en una potente carga a punto de explotar. A pesar de mi empeño, yo seguía sin poder distinguir nada; pero, de algún modo, el perro me transmitía lo que estaba viendo. De repente, la brisa marina pareció enfriarse y un súbito estremecimiento me recorrió el cuerpo, calando hasta la médula de mis huesos. Yraya también debió de sentirlo, porque se apretujó contra Bardi y contra mí, formando los tres un ente único y solidario. Los sonidos que llegaban del paseo y el lejano romper de las olas enmudecieron de pronto, y quedamos aislados del resto del mundo por una cortina de silencio sepulcral. A pesar de no poder discernir nada concreto supe, con igual certeza que si lo estuviese viendo, que allí delante había algo.

Y de alguna manera comprendí que ese algo era per-
verso y nos observaba también a nosotros.